

“sumirnos por segunda vez con el agua hasta la barba, operacion que tuvimos
“que repetir cuantas ocasiones pasaron aquellas á diez ó doce piés arriba de nues-
“tras cabezas. Antes de las doce las piedras quitadas formaban ya dos monto-
“nes.

“Lo que voy á decir es la pura verdad, y no un chiste. Habiendo oído que
“el centinela venia á pasearse por encima de nosotros, los escombros que habia-
“mos aglomerado debajo del agujero, nos precisaron á sumirnos en el agua por
“detrás. El centinela se paró precisamente arriba de donde estábamos, por lo
“cual temimos que hubiese visto ú oído algo, y nos dimos por perdidos; pero un
“instante despues sentí que me mojaba la cabeza. Empapado mi gorro, lo tiré
“al foso, y me lavé bien el pelo. Bebimos otro poco de licor para calmar el sus-
“to y reanimar nuestras fuerzas. Méns miedo habíamos tenido á la muerte al
“bajar por la escala, que al tal centinela. Por último, en méns de ocho horas y
“media agujeramos la pared, que tiene, según el mayor, cuatro piés y medio de
“grosso. Al punto dije á mi compañero que pasara al otro lado, y que si por
“desgracia me sucedia algo, al ir por la maleta que habia dejado al pié de la tor-
“re del *Tesoro*, se escapara al menor ruido. Por fortuna nada me aconteció: vol-
“ví con la maleta que pasé por el agujero, y despues lo verifiqué yo, abandonan-
“do sin pesar, todos los utensilios que tanto trabajo nos habian ocasionado.

“Estando ya ambos en el foso grande de la puerta de S. Antonio, nos creímos
“fuera de peligro, y cojimos la maleta entre Alègre y yo, de una punta cada
“uno, para atravesar el foso y tomar el camino de Bercy. Apénas habíamos an-
“dado veinte pasos, cuando caimos ambos á la vez, en el acueducto que queda
“enmedio del propio foso, cubriéndonos la agua lo méns á diez piés arriba de la
“cabeza. Mi compañero, en vez de dirigirse á la otra orilla, lo que era fácil, por
“no tener el acueducto mas que seis piés de ancho, suelta la maleta para agar-
“rarse de mí, que estaba metido en el lodo hasta las rodillas. Sintiéndome coger,
“le dí un fuerte puñetazo que lo obligó á soltarme, y al mismo tiempo me agar-
“ré del otro lado del acueducto. Metiendo el brazo en la agua, cojí á mi com-
“pañero del pelo, y lo saqué á donde yo estaba, colocándolo de modo que le que-
“dara la cabeza fuera de aquella, para que pudiera respirar sin tragarla. Díjele
“que se estuviera allí firme sin menearse, y fui á recoger mi maleta, que andaba
“sobrenadando. En aquel lugar fué donde estuvimos positivamente fuera de
“peligro: allí donde terminó aquella terrible noche. A treinta pasos de distan-
“cia hay una subida en la que estuvimos á pié enjuto; y abrazándonos, nos arro-
“dillamos para dar gracias á Dios por la gracia que acababa de otorgarnos, de no
“haber caido ni matádonos al bajar por la escala de cuerda, así como por la li-
“bertad que acabábamos de alcanzar.

“Nuestra escala de cuerda era tan exacta, que no tenia un pié de mas ni de
“méns. Tomando las medidas de antemano, á la mitad del dia, desde arriba de
“las torres de la Bastilla, no se hubiera tenido mayor exactitud que la que con-
“seguí por medio de las matemáticas. Tan bien arreglado estaba todo, que no

“se habia enredado parte alguna de la cuerda. Los vestidos que llevábamos es-
“taban hechos una sopa, accidente que habia yo previsto, según insinué ántes,
“poniendo para remediarlo ropa en la maleta de cuero, con camisas sucias enci-
“ma, y dispuesto todo de manera que no habia podido entrar agua.

“Con tanto mover y sacar piedras del agujero que habíamos hecho, nos habia-
“mos desollado las manos. Lo que costará trabajo creer es que teníamos méns
“frio cuando estábamos sumidos dentro del agua hasta el pescuezo, que cuando
“estuvimos enteramente fuera, pues entónces nos pusimos á temblar como azo-
“gados, y se nos acalabraron las manos. Yo tuve que servir de ayuda de cá-
“mara á mi cofrade para desnudarlo y vestirlo, prestándome él en seguida igual
“servicio. Las cinco daban al subir la rampa del foso, para entrar en el cami-
“no real.”

XIII.

Vuelta de Latude á la Bastilla.—Nuevas y horrosas torturas.—Parte del médico encargado de
visitarlo.—Latude y M. de Sartine.—Fin de los sufrimientos de Latude.

Libres por fin Latude y Alègre, tomaron un coche para ir á casa de Mr. de
Silhouette, canceller del duque de Orleans, de quien el caballero era conocido,
y del que estaba seguro que le recibiria bien, por ser amigo de su padre. El
canciller estaba en Versalles; mas por fortuna un sastre, llamado Rouit, á quien
tambien conocia Latude, consintió en darles hospitalidad.

Despues de pasado un mes en el cuarto en que los escondió el buen hombre,
miéntras cesaban las pesquisas de que no podian méns de ser objeto, los dos fu-
gitivos resolvieron pasar á Holanda. Alègre se fué primero, por temor de esci-
tar sospechas viajando juntos. Convinieron en reunirse en Bruselas, de donde
debía escribir el mismo Alègre al sastre Rouit, una carta firmada con un nombre
supuesto, que no contuviera mas que cosas insignificantes, entre las que se inter-
calarian las señas de la hostería en que se alojara. Llegada la carta, partió La-
tude; pero Alègre habia sido ya descubierto y aprehendido, y el caballero, al en-
trar en Bruselas, no escapó de la propia suerte sino por milagro.

Entónces se dirigió á toda prisa á Amsterdam, donde hubiera podido vivir tran-

quilo, á no haber servido para descubrirlo una carta en que su padre le mandaba una letra de cambio para un banquero de la ciudad. La marquesa de Pompadour mandó á Holanda hábiles agentes, que hicieron pasar á Latude por sentenciado en Francia al último suplicio, obteniendo que se les entregara, y conduciéndolo encadenado á la Bastilla.

En esta vez se le pusieron esposas y grillos en piés y manos, y se le metió en uno de los mas horribles calabozos. Sus sufrimientos en aquel local, donde pasó CUARENTA MESES sin quitársele las cadenas, es imposible describirlos, si bien se podrá formar una débil idea de ellos, leyendo el siguiente parte de un médico llamado Dejean, encargado por el superintendente de policía de visitar á ese infeliz, que casi habia perdido la vista, segun el testimonio de sus custodios.

“Cumpliendo con vuestras órdenes, he visitado varias veces á un preso de la Bastilla, y despues de ecsaminar sus ojos y de reflexionar sobre lo que me ha dicho, no me parece extraño que esté medio ciego, pues hace muchos años está privado del aire y de la influencia del sol, y lleva cuarenta meses de encontrarse en un calabozo con grillos en piés y manos. En tal estado la naturaleza padece, siendo imposible no llorar tamaños infortunios; y así como mucho esputar lastima el pecho, y aun todo el cuerpo, así tambien la estremada abundancia de lágrimas, derramadas durante mucho tiempo, es natural que hayan debilitado la vista del preso.

“El invierno de 1756 y 1757 fué tan riguroso, que se heló el Sena como en el pasado, y cabalmente en aquel tiempo estaba el preso en el calabozo con grillos y esposas, acostado sobre paja y sin cobertor. En el calabozo habia dos tragaluces de cinco pulgadas de ancho y cerca de cinco piés de alto, sin vidrios ni marcos para cerrarlos, de suerte que de día y de noche le azotaban el rostro el frio y el viento. Cuando este es helado, nada hay mas dañoso para la vista, principalmente al estar durmiendo. Los mocos le partieron el lábio superior hasta la nariz, dejando descubiertos sus dientes, que se le destemplaron todos: se quemó la raiz del pelo de sus bigotes: se quedó completamente calvo. Yo he ecsaminado todo esto con mucha atencion, pues todavía está visible.

“Partidos con el frio los dientes y el lábio superior hasta abajo de la nariz, quemada la raiz del pelo del bigote y producida la calvicie, nada tiene de raro que sus ojos, que son infinitamente mas delicados é impresionables que lo demas ya mencionado, hayan sufrido mayor daño y pasado por idénticos percances.

“En la ventana del calabozo hay cuatro rejas de fierro muy gruesas, cruzadas de modo que cuando se quiere ver un objeto, su imágen se reproduce veinte veces. Esto á la larga divide todos los rayos visuales y acaba con la vista. Las paredes de la Bastilla tienen de nueve á diez piés de espesor, por lo que los cuartos deben ser muy húmedos; y la humedad relaja todas las partes del cuerpo y amortigua todos los espíritus vitales y animales.

“No pudiendo el preso soportar tantos padecimientos, resolvió dejarse morir,

“con cuyo fin permaneció ciento treinta y tres horas sin comer ni beber, hasta que se le abrió la boca con unas llaves para echarle el alimento por fuerza. Viéndose vuelto á la vida á pesar suyo, cogió un pedazo de vidrio y se cortó las cuatro venas: durante toda la noche estuvo derramando sangre, en términos de que tal vez no le quedaron mas que seis onzas en todo su cuerpo. Permaneció seis dias sin conocimiento, y esta considerable pérdida agotó sus fuerzas, enervó su naturaleza. Aunque el preso ha engordado algo despues, no se debe juzgar por eso que está bueno y sano, pues por la escasez de sangre le falta calor, le falta fuerza para espeler los malos humores con la traspiracion, y por consiguiente se coagulan, se congelan, forman cierta grasa que engendra toda clase de enfermedades. Así vemos gentes extraordinariamente gordas que padecen reumatismos, obstrucciones, úlceras, gota, no por carencia de fuerzas, sino por falta de traspiracion. El preso se queja por tal motivo de reumatismos, que ha contraido tambien en el calabozo, con otros achaques, que no menciono, porque no incumben á mi especialidad. (1)

“Que la principal causa de su falta de vista procede de la carencia de sangre, se comprueba con un sinnúmero de personas que se quejan de ser muy cortas de vista, atribuyendo esta desgracia á las frecuentes sangrías que se les han aplicado en las enfermedades que han padecido.

“El preso se queja de la perturbacion de su vista, que va en constante disminucion, siendo de advertir, que ese hombre no es ya jóven, pues pasa de la mitad de la vida, contando ya cuarenta y dos años, y ha sufrido grandes trabajos. Lleva quince años de padecer sin descanso, y siete de estar privado de fuego, de luz, de aire y de sol. Ademas, como ya dije ántes, ha estado ya cincuenta y ocho meses en el calabozo, y cuarenta con esposas y grillos, acostado sobre paja y sin cobertor.

“En situacion semejante, la naturaleza se agota á fuerza de llorar ó de sufrir. Cuando el preso baja la cabeza, ó se pone á leer ó á escribir, siente sacudimientos en la parte superior del cerebro, como si le dieran de puñetazos, y al mismo tiempo pierde la vista por uno ó dos minutos, lo que proviene de una estremada abundancia de humores, pues perdida la flecsibilidad de los ojos, caen estos por el lado de la órbita, impidiendo la vuelta de la sangre á la vena óptica, la cual se hincha, comprime el nervio del mismo nombre, y quita la vista hasta que los humores restablecen su circulacion. El accidente mencionado es muy peligroso, por ser muy fácil que las convulsiones produzcan una aglomeracion en el nervio óptico, ó el rompimiento de los vasos, causas que pueden ocasionar una apoplejia ó una parálisis.

“Con colirios, bálsamos, caldos compuestos, fumigaciones aromáticas, he contenido completamente el derramamiento involuntario de las lágrimas y la inflamacion de los ojos, y hasta he logrado devolver su primitiva flecsibilidad á los

[1] Este médico no curaba mas que las enfermedades de los ojos.